

La Catedral, fuente de cultura

José ASENJO SEDANO

Tengo la suerte de haber sido confirmado en la fe por un obispo mártir de Guadix. Me refiero a don Manuel Medina Olmos, a quien pronto veremos en los altares. Don Manuel, junto con don Pedro Ventaja, obispo de Almería, y un grupo de sacerdotes, fue martirizado un día del verano de 1936 en un barranco de la Puebla de Vúcar, cerca del mar. He ido varias veces a este pueblo pintoresco, próximo al Ejido, en la ladera de un monte, con sus casas blancas, su torre y su iglesia. Entre limoneros y naranjos, se ve el ancho paisaje de los invernaderos y el Mediterráneo.

Esta circunstancia me enlaza directamente con San Torcuato, el primero de nuestros obispos, también mártir, jefe o primado de los llamados Varones Apostólicos. Ya sé que todo esto está por documentar, pero yo creo en la tradición y en los viejos textos mozárabes, como bien dice don Miguel Sánchez, el sabio arcipreste de Almería.

Recuerdo el repique de las campanas de mi niñez, que llegaban al confín. El mundo terminaba donde dejaban de oírse: lo otro era el vacío, la desventura. Lo primero que descubriría de la Catedral —un día al salir de la escuela— sería la capilla de San Torcuato, donde estaba el Sagrario. Era la hora de la *visita* diaria. Desde arriba, muy serio, con la mitra y el báculo, nos miraba el viejo y santo primer obispo. A nuestros pies, la losa blanca de mármol que guarda los restos del obispo mártir de mi confirmación, hijo de un pastor del Marquesado.

Con su torre, la Catedral ha sido siempre el alfa y el omega de Guadix. Su reloj ascético y su campanario. Todo el hacer y deshacer de la ciudad se ha fraguado en la maquinaria cronométrica de su relojería. Hasta hubo un obispo famoso —fray Antonio de Guevara— que se atrevió a componer todo un tratado de relojería para príncipes desnortados.

Esa repetición, esa constante, es lo que sugiere el paisaje intemporal de Guadix. Desde el vuelo de sus campanas, a esas nubes que pasan. Desde la tarde, al silencio que sigue al toque de oración. Dentro de sus altos muros —ciudad amurallada— el tiempo no existe. Es por eso, tal vez, que aquí todo es posible y los obispos, a fuer de ingrátidos, pueden hasta desaparecer volando sobre sus tejados...

Fue en la Catedral donde Alarcón —que fue seminarista— aprendió a conocer el Arte. Todos hemos recibido en la Catedral —de su liturgia, de su música, de sus maestros— los primeros soplos de inspiración. La Catedral no es solo el

arca que guarda nuestra fe, es también escuela/faro de cultura, fuente de verdad de la que todos hemos bebido.

De mi niñez, asociados a sus campanas, recuerdo los días tremendos del frío de Guadix. Los ardientes del verano. Los días de lluvia y granizo de la primavera. Los calmos del otoño. Y siempre la torre de la Catedral, signo de vitalidad y esperanza.

De la Catedral de la posguerra recuerdo lejanamente al vicario don Francisco Fonseca, capellán real de Granada, como uno de esos profetas arrancados del Antiguo Testamento: pétreo, descarnado, amenazante. A los organistas don Gabriel Labella, como salido de un códice, y a don José Minguez, como una nube dentro de su manteo camino de la casa de Pareja. Y la vieja capilla —con Paco Romillo— que inmortalizaría Jesús Valverde con sus pinceles. Sería más tarde, con la llegada del primer obispo de la posguerra, don Rafael Álvarez Lara, cuando surgiría la Escolanía de manos de don Carlos Ros y, con ella, los días esplendorosos y corales de la Catedral. ¡Cuántas veces nos refugiáramos en los altos sillares del coro para empaparnos con sus voces...!

Tiempos aquellos de penurias y pontificales. A cientos bajaban carismáticos los seminaristas desde la Puerta Alta, con sus sotanas y fajines, a la misa mayor del domingo. Eran los tiempos en los que todavía los canónigos (don Juan López, don Simón, don Justo...) hablaban desde el púlpito y con sus voces (sin micro) eran capaces de hacer retemblar los cimientos de la Catedral. En Guadix siempre se habló de la fama de gran predicador que tuvo en toda España el magistral Domínguez...

Los canónigos siempre fueron una ilustre institución de Guadix. Don Germán, don Juan José Valverde, don Francisco Vargas, don Justo Marquina, don Juan López, don Manuel Ballesteros...

Don Simón sería el promotor de la Semana Santa de Guadix. Orador de fama, fue profesor mío en la Academia de las Angustias que dirigía el farmacéutico don Manuel de Castro. Cuando falleció, fue enterrado en olor de multitudes.

Don Francisco Vargas fue vecino nuestro en la calle de la Concepción. Era canónigo de gran porte. Cuando los fusilamientos de la plaza, tan pronto se oyeron las descargas de fusilería, se iría a la Catedral a decir una misa por aquellos infelices.

Don Juan José Valverde, arcediano como Mira de Amescua, era nuestro escritor. Recuerdo como leí con delectación sus novelas (*El leproso de Bethulia, Un duelo en los aires, La bestia del Apocalipsis...*). Tenía una voz muy bajita. La única vez que hablé con él fue en Almería, poco antes de su muerte.

El de mayor recuerdo es don Antonio Fajardo. Alto, casi espiga, casi ciprés encendido. Blanquísimo y angelical. Anciano noble y de sonrisa apacible. ¡Con que bondad nos daba a besar sus manos como reliquias! Nos confesaba los sábados en la sacristía de la Catedral. Era el confesor de la gente joven. Se sentaba en un sillón y allí nos recibía uno a uno con la ternura de un amigo y un padre. Era un santo. Cuando falleció, no quedó ni un muchacho de Guadix que no fuera a darle el adiós postrero.

La Catedral se llenaba a tope cuando predicaban nuestros muy ilustres canónigos dignidades, especialmente los días de Cuaresma y vísperas de la Virgen de las Angustias y San Torcuato. Y en las misiones...

¡Ay la Catedral de los domingos y de la Pascua de Resurrección, con sus largas filas de penitentes delante de los confesionarios! La Catedral del funeral por el alma de don Alfonso XIII, con su catafalco y su corona. La Catedral de tantas ordenaciones sacerdotales. La de aquella misa del cardenal Parrado, delante de la puerta que da al Paseo, mientras desde la torre se disparaban docenas de cohetes. ¡Con cuanta crispación miraba su eminencia a los artilleros de la torre! La Catedral en que, algunos domingos, venía desde Fiñana el general Saliquet a oír misa y se sentaba en uno de los laterales del altar mayor.

Todos los de mi edad recordamos la vuelta de las campanas a la torre y la subida y consagración del Corazón de Jesús. Y aquel día de mayo en que millares de niños hicimos en el Sagrario nuestra Primera Comunión que no habíamos podido hacer durante la guerra. ¡Qué luz, que esplendor, que gracia la de aquel día imborrable! Sólo unos pocos pudieron vestir el traje blanco o marinero de ese día...

Una vez subí a la torre. Desde allí la ciudad es una maqueta. La Plaza, la carretera, la vega, los barrios hasta los últimos cerros...

La verdad es que todos los recuerdos que conservo de Guadix están en mis libros. Y siempre aparece la Catedral. La Catedral ha dado sabios y santos. En ella todos hemos sentido la proximidad de Dios. Después de tantos años, millares de cosas han caído pero la Catedral permanece...

Ella es nuestra casa: nuestro punto de encuentro.